



Aventuras en el viaje a la escuela

Tía Margarita

Cuando vas a la escuela, entiendes a tu maestro, ¿verdad que sí? Lo entiendes porque habla tu idioma. Cuando yo crecí a veces no entendía al profesor o la profesora porque hablaban otro idioma.

Como he contado en otras *Perlitas*, mis padres eran misioneros y viajaron de su patria, Suecia, a Sudamérica para predicar el evangelio.

Ahora te voy a contar lo que pasó cuando mis padres nos mandaron a estudiar en Tournavista, en la selva del Perú. Allí recibí el cuadrito que me ha recordado toda mi vida a confiar en Dios.

LA ESCUELA EN LA SELVA

La escuela en Tournavista era para hijos de misioneros americanos. Allí todos hablaban inglés. Yo recordaba un poco el inglés que aprendí en Canadá; pero mis hermanas, lo habían olvidado. Iba a ser difícil entender a nuestros profesores antes de que aprendiéramos a hablar inglés.

Para llegar a la escuela tuvimos que viajar en avioneta. Yo tenía 12 años, Ingrid era tres años menor que yo, y nuestra hermanita Agneta tenía 7 años. Éramos tres gringuitas que viajaríamos solas, a un lugar desconocido, a estudiar en una escuela donde no hablaban nuestro idioma.

¡Qué valientes éramos para viajar solas y qué valientes eran nuestros padres que nos mandaron a viajar solas!

Pero yo no era muy valiente. La verdad es que fui una niña muy tímida. Con el tiempo y los años he ganado confianza, así que si tú que lees esto eres tímido o tímida, ámate. Sin duda, vas a aprender a ser valiente.

UNA AVENTURA EN EL AIRE

En ese tiempo vivíamos en Tarma, una ciudad conocida como la «Perla de los Andes», ubicada en un valle entre las montañas. De allí viajamos en auto varias horas para bajar de la sierra a San Ramón en la selva. En ese pueblo nos despedimos de nuestros padres y nos subimos a la avioneta.

La primera aventura que tuvimos pasó en el aire, en medio del vuelo. Mi hermanita Agneta estaba sentada junto a la puerta de la avioneta. De repente, ¡se abrió la puerta! De no haber sido por un pasajero atento, ella se hubiera caído del avión. Él tomó de la mano a Agneta y cerró la puerta.

Caerse de un avión no es como caerse de un auto. El avión vuela a miles de metros sobre la tierra. El Señor Jesús protegió a mi hermanita. Estábamos en las manos de Dios.

LA VISITA EN PUERTO INCA

Hicimos algunas paradas en pequeños puertos y aldeas. Una de las paradas fue en Puerto Inca, donde el piloto dijo que tenía que arreglar un desperfecto en la avioneta. No recuerdo si pudo hacerlo durante el día o si tuvimos que quedarnos a pasar la noche en Puerto Inca.

No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Romanos 1:16



Lo que recuerdo es que fui muy tímida y que no me atreví a confesar el nombre de Cristo. Han pasado más de 60 años desde ese día, y hasta ahora me avergüenzo de no haber hablado de Cristo a los pobladores de Puerto Inca.

Allí estábamos Ingrid, Agneta y yo, seguramente bastante asustadas de estar solas en ese lugar. Entonces se acerca un hombre, muy feliz de vernos, y dice que había visto en sueños que íbamos a llegar, y que les traeríamos el evangelio.

Yo me avergoncé. En mi timidez no supe qué decir, y no dije nada. Ésta es una de las experiencias más tristes de mi vida, porque lo peor que podemos hacer es avergonzarnos de Cristo. Ese día no tuve la valentía de confesar a Jesús.

NO TE AVERGÜENCES DEL EVANGELIO

El apóstol Pablo fue valiente. Predicó el evangelio aunque a veces fue azotado y encarcelado por los que no querían oír la Palabra de Dios.

En su carta a los hermanos en Roma escribió:

«No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios, para salvación a todo aquel que cree.»

Yo no hablé de Jesús en Puerto Inca. Al llegar a Tournavista conocí a unos misioneros que me invitaron a acompañarlos los domingos por la tarde a hacer una escuela dominical en la iglesia del pueblo. ¡Allí no me avergoncé!

Sé valiente; no te avergüences del evangelio. Si eres tímido, pide al Señor Jesús que te dé valor para que nunca dejes de confesar su nombre.

Si no has recibido a Jesucristo como tu Salvador, hazlo ahora mismo. Confíesale tus pecados e invítalo a que sea el Señor de tu vida. El evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.

¡Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo!